

JUEGOS FLORALES DE NARRATIVA 2011 Acta del jurado

El jurado de cuentos de los Juegos Florales UN VICIO ABSURDO 2011, reunido el martes 20 de septiembre del presente año, luego de una detenida evaluación de los sesenta y ocho trabajos presentados, decidió otorgar los premios a los siguientes cuentos:

- **Primer puesto**
"El cuadro", de Julio Alberto Rincón Effio
- **Segundo puesto**
"La vida del ángel", de Rodolfo Alejandro De la Riva Cachay
- **Tercer puesto**
"Sobre-edificaciones", de Luis Eduardo Gómez Dizama
- **Menciones honrosas**
"La puta intelectual", de Betty Soto Fernández
"El olor de la inocencia", de Olney Enzo Goin del Río
"Diles, cadáver, que no es verdad", de Carlos Albert Medina Monroy
"Dado por muerto", de Renzo Mario Villagoya Arias
"Invidente", de Alberto Schroth Prilika
"Bisoño sexista", de Mercedes Castro Ayerbe

José Güich Jorge Eslava Selenco Vega
Jurado Organizador Jurado

Monterrico, 20 de septiembre del 2011

EL CUADRO Julio Alberto Rincón Effio

A Jaira, porque es cierto que
recién me suceden las cosas
cuando te las cuento

"No hay otros paraísos que los paraísos perdidos"
Jorge Luis Borges

El cuadro daba la impresión de haber sido pintado en un trance febril, con un solo pincel y sin boceto. Sus ambivalentes figuras se mezclaban caóticamente, sin diferenciarse entre sí, apareciendo nuevas formas misteriosas, pero a la vez, creando un orden en el caos que saltaba a la vista de cualquier acucioso espectador. Los relieves del óleo, que el eximio pincel empujó como una avalancha por toda la tela, hacían suponer que fue hecho con apremio y de un solo ramalazo, tal vez a oscuras, tal vez a tientas, pero con seguridad, sin afán de ser vendido ni expuesto en ningún lugar.

Amador Vera Passos llegó a Lima en la madrugada, en medio de una garúa fresca y un viento silbador, luego de treinta y seis años viviendo en París. Arribó al aeropuerto del Callao con un enorme lienzo embalado bajo el brazo y una sola maleta a cuestas. Subió al primer taxi que encontró. Al Haití de Miraflores, por favor. El taxista, que adormitaba en su interior, abrió los ojos asombrado y remolón. Sí caballero, buenos días, póngase cómodo, ¿quisiera leer algún diario o prefiere un poco de música? Amador no respondió. No hay problema caballero, treinta soles nomás caballero. Qué robo, qué barbaridad, pensó, ¿a qué volviste Amador?

El camino fue más dilatado de lo normal pero el irreconocible trayecto pasó volando frente al asombro y perplejidad de sus ojos. Apenas distinguió el Callao de San Miguel, Magdalena de San Isidro, y sin darse cuenta había llegado, por fin, a Miraflores. Pensó: Zoilita, qué cambiada está Lima, ¿te gusta?, ¿o prefieres París, Lyon, Le Havre?; ¿ese es el parque Kennedy? *Mon dieu!* Desayunó serenamente aunque muy impresionado por el infinito barullo que en unos cuantos minutos desfiló frente a sus ojos: autos, buses, motos, cafetines andantes, viejos borrachos, jóvenes vagabundos, canillitas, mujerzuelas, mercachifles y *bricheros*. Pensó: El café

se me enfría Zoilita, me asombra todo lo que veo, me distraigo con cada cosa que pasa por la vereda, me olvido del café.

Después de desayunar, Amador tomó un taxi que lo dejó en la puerta de un enorme edificio a escasos metros del malecón de Barranco. No está nada mal, pensó, qué felices seríamos. El administrador lo recibió con una sonrisa amable en el dintel de la entrada. Era un hombre casi enano, cejudo, amanerado, de lentes redondos y bigotes ralos. Buenas tardes señor, por aquí por favor. Señaló con el índice, con movimientos que a Amador le parecieron los de un director de orquesta: este es el *hall*, esos los ascensores, esa puerta da a los estacionamientos y esa otra a las escaleras de servicio, el ascensor de la izquierda es para los departamentos impares, el derecho para los pares, pensó, el doce es par, por aquí por favor. La vista desde el balcón del departamento hacia las playas de la Costa Verde le devolvió un panorama hermoso y apaciguador. El viento lo despeinó y una fresca neblina primaveral se disipó frente a sus ojos y aparecieron unos pequeños puntos de colores a lo lejos como canicas que se entrecruzaban y confundían en el mar. Pensó: de nuevo acá en el Perú, en Lima, en Barranco. ¿Te acuerdas Zoila: “El mar es un alma que tuvimos, que no sabemos dónde está, que apenas recordamos nuestra —un alma que siempre es otra en cada uno de los malecones—”? ¿Te acuerdas de Martín Adán, que adorabas? De pronto, el paisaje lo inspiró. Barranco es precipicio, pensó, fin del mundo.

El departamento vacío se veía enorme y la pequeña ruma de objetos que trajo de París reposaba en una esquina de la habitación. Recordó con claridad la tarde que, horas antes de partir, caminó como un espectro por el barrio de Montparnasse (a modo de despedida) donde en una pequeña feria ambulante, sin razón aparente, compró una enorme chuchería que lo impactó e intimidó hasta el punto de llevarse-la sin titubear por un impulso íntimo y desconocido. Pensó: qué cara puso el administrador cuando le regalé el cuadro.

La figura central era un monigote blanco y contrahecho extendido casi al borde inferior de la tela, de cuyo vientre hinchado y entreabierto emanaban figurillas multicolores y deformes que evolucionaban, en un segundo plano, a otras más grandes, ovals, incorpóreas y blanquecinas con expresiones huma-

nas que miraban al monigote con pena, desprecio, enojo o pavor. El monigote más que dormido parecía muerto y su rostro de perfil no expresaba más que una iracunda tristeza.

Luego de una siesta donde recobró las fuerzas, Amador almorzó al mediodía, como de costumbre. Aunque disfrutó en silencio de cierta paz y sosiego, de pronto la ansiedad lo gobernó. Con rapidez pidió la cuenta y echó a andar hacia la avenida Larco. (Una laguna en forma de pez cuyo centro adornaba una pequeña isla de plantas puntiagudas; hermosos vergeles multicolores por todo su alrededor; el espacio salvaje, íntimo y acogedor). Debía cerciorarse de que ese pequeño recodo sentimental y, tal vez, último resquicio de amor a Zoila aún estaba ahí. (Lechos y arbustos multiformes, salvajes, dispares y frondosos; un camino laberíntico y empedrado del cual asomaban pequeñas florecillas indefensas; un pequeño muro de ladrillos rojos donde, sentados en el bordillo, los muchachos fumaban su primer cigarrillo, lanzaban piedras al abismo o conocían el amor con su primer beso). Caminó sin detenerse, mirando desorientado a su alrededor: edificios desiguales, hermosas casas abandonadas convertidas en hostales, tiendas de muebles, ropa o artefactos, chinganas, cafés y casinos. (El mar rompiendo a los lejos, en las orillas empedradas de la Costa Verde, como telón de fondo de las funciones de títeres que embobaban a los más pequeños mientras reían, chillaban y berreaban por un algodón de dulce, un avión de tecnopor o una pelotita de plástico). Casi corrió —con el corazón en la mano— agitándose más y más hasta que llegó al final de la avenida (El cómplice perfecto para la amistad, el juego, el amor). Pensó: ¿acá no estaba el parque Salazar?

Enormes grúas y tractores rodeaban los extremos del parque y un lindero de esteras impedía el paso hacia el acan-

tilado. Decenas de obreros aparecían consecutivamente, uno tras otro, empujando carretillas llenas de tierra mezclada con flores, arbustos, troncos deshechos y ramas secas que iban a parar a un camión destartado que se abría paso, sin piedad, sobre el terreno que albergó tanta paz y armonía. La laguna seca, llena de envolturas y papeles coronaban la tragedia y unos vendedores de comida servían humeantes platos desechables a los numerosos obreros que una vez vacíos apilaban en cualquier extremo del parque. Un enorme letrero auspiciaba la construcción de un esperpento sin forma aparente, hecho de vidrios, columnas y fierros que tendría un nombre distinto al lugar profanado obviando vilmente su preexistencia.

Atónito y desarmado, Amador no dio un paso más. Sintió un frío en las manos y las rodillas le temblaron. No había dudas, el monumento con cabeza de cóndor —en honor al piloto Salazar Southwell— era el mismo de siempre y además lo único que pudo reconocer. Giró sobre sus talones un poco mareado y volvió sus pasos con un inmenso dolor de cabeza que lo hizo caminar en círculos por calles desconocidas que notó muy estrechas e inmensamente atestadas de autos. Pensó: ¿a qué volviste Amador? Aunque llegó al edificio sofocado y tembloroso se detuvo brevemente ante el inmenso cuadro colgado en la entrada del *hall*. Sintió lástima por el extraño monigote agonizante y odio por las cabecitas asustadas que flotaban por los aires. Pensó que era horrible el cuadro pero hasta cierto punto impresionante. Leyó la incomprensible frase en la placa del cuadro pero no reparó en descifrarla y subió despacio a su departamento.

Su cielo de duro azul marino encapotado por unas manchas gruesas y negras teñía con un abstracto y etéreo halo de

desgracia la figura. El contraste con los pequeños rostros 'munchianos' esparcidos en él, los hacía ver como estrellas en un firmamento que resultaba intimidador. La firma era ilegible y una pequeña placa de bronce rectangular atornillada al filo inferior del marco, despertaba la intriga de todos al leer en ella la incomprensible frase: "LE ORDAUC ED UT ETREUM".

Amador no tuvo en mente volver al Perú hasta que Zoila sufrió ese terrible accidente. Renunció a su trabajo, liquidó casi todos sus ahorros y vendió su hermoso chalé del '*Boulevard Saint-Germain*' a un precio irrisorio pero urgente. El dinero y la obstinación de Amador no pudieron contra lo inevitable: Zoila murió y sus cuarenta años viviendo juntos, sus sueños de regresar al Perú para revivir sus últimos días como los primeros, también. (Te lo prometo Zoila, volveremos a la misma banca, miraremos el ocaso, el mar, las aves y nos besaremos como aquella vez, te lo prometo, y verás que no habrá nada mejor que tomarnos de la mano como entonces y te pediré de nuevo que seas mi chica. De nuevo serás mi Zoila, nos abrazaremos y te prometeré de nuevo todo el amor, todo el amor). Amador volvió en busca de un paisaje ya extinto, a un paraíso terrenal que nunca volverá...

Porque cuando vuelves a la vida que viviste Amador, y no es más que un conjunto de recuerdos sin pies ni cabeza y hablas del pasado con tu memoria pero todo se entrevera porque estás ebrio fumando en el balcón de tu departamento y te has fumado hasta los dedos mirando el mar toda la noche mientras sollozas por esa pena que pensabas enterrada como Zoila, tan elegante, tan tuya, lo único que en verdad tenías Amador, y solo querías volver de la mano con ella por el parque Salazar para besarla, abrazarla y ver esos títeres ridículos que te encantaban y hoy notas que ya no queda en todo el mundo ni siquiera un parque donde cogerse de las manos con alguien, y regresaste al lugar donde fuiste feliz violando esa máxima fundamental de la vida Amador, por tu terquedad, por una estúpida promesa a una moribunda en su lecho de muerte para darte cuenta de que estás solo Amador aún cuando te trajiste tantas fotos hermosas con tantas risas, abrazos y cariños que hoy te miran con piedad parado en el ridículo balconcito de tu llanto donde has derramado media botella de coñac, te molestas con el coñac, maldito coñac dices, bus-

cas un trapo e intempestivamente giras y resbalas Amador, te habías olvidado de Lima la húmeda, tus pies se elevan, tu cintura golpea la barandilla y tu muerte es inminente como tu soledad aunque notas lo poco que te importa sobrevivir en este mundo donde amaste y fuiste amado porque ¿a qué volviste Amador? hasta la laguna, las florecillas y el rumor del mar tampoco han sobrevivido, ahora tus manos nerviosas de terror intentan coger el aire en vano, la gravedad hace lo suyo y Barranco—es—el—fin—del—mundo Amador ¿te acuerdas?, danza y silba el viento, te inmovilizas, te resignas, habías vuelto a morir, y el parque con su lagunita llena de barcos de papel y tus besos con Zoila pegadas a ese álbum viejo y la foto en los diarios de mañana por la mañana Amador contigo arrojado en la vereda mientras los vecinos espantados y palidecidos aguaitan por las ventanas del edificio la recreación perfecta del cuadro de tu muerte, de la muerte del cuadro, de tu muerte en el cuadro.

LA VIDA DEL ÁNGEL

Rodolfo Alejandro

De la Riva Cachay

Hoy desperté arrecho, con las alas pegadas al brazo y un sudor caliente goteando desde la almohada. No recuerdo bien qué sucedió, pero algo en la habitación me forzaba a sospechar que tuvo que ver con *Ella*. La mirada perdida y oscura que tenía al quitarse la túnica o el roce de sus pechos puntiagudos con mi barbilla, eran solo algunas de las imágenes que perforaban mi cabeza al despertar. Su aroma estaba impregnada en las costuras de las sábanas, olor a sexo placentero, a repulsión, a manchas de sangre y semen. Todo mi plumaje inundaba el pequeño cuarto del hostel. Yo estaba descalzo, mojado también, con algo de jaqueca, seguramente, por la insoportable sensación de abismo en mi garganta.

Tendí apresurado la cama y acumulé todas las plumas debajo de la alfombra. El quebraje de mis alas por el doblez que se hizo al dormir, lo arreglé con una cinta de cortina y un nudo marinero. Para terminar, aspiré el último recuerdo de la noche anterior (o al menos lo que intuía que era un recuerdo). El ambiente volvía más sofocante la resaca. Tuve la leve sensación de que ese lugar cargado de impureza era el causante de mis lagunas, así que busqué con la mirada mi túnica hasta tantear un bulto arrugado y sucio junto al cúmulo de plumas debajo de la cama. No pensé en recogerla siquiera, no me veía vistiendo ese harapo. Así que salté desnudo por la ventana zigzagueante y sin frío.

Un tenue aguacero empezó a caer mientras me dirigía al amasijo de nubes que observaban la ciudad desde lo alto, por unos minutos deja de oler a cebolla, a semen, a repulsión y hasta las manchas de sangre se limpian en mi cuerpo desnudo. Me alejé del hostel